

Pequeña historia de un «ciga»

El retrato de Olóriz fue pintado al término de la guerra y no está catalogado

TEXTOS GABRIEL
IMBULUZQUETA
FOTO: JAVIER SESMA

SACO a relucir este cuadro porque creo que, de alguna forma, hay que darlo a conocer. Hasta ahora no me había preocupado de nada. Lo tengo desde el año 52 en que murió mi padre y no lo ha visto nadie. ¿Por qué ahora, precisamente? No podría dar ninguna razón, salvo que va pasando el tiempo y creo que esto debe conocerse».

Juan Miguel Arrieta Valentín, el que fuera concejal del Ayuntamiento de Pamplona (1955-1958), primer teniente de alcalde (1958-1964) y alcalde de la ciudad (1964 y 1967), que posteriormente ha ejercido de abogado y economista en Madrid, donde fue director general adjunto de Bankunion y llegó a ser administrador judicial de Matesa en la primera mitad de la década de los ochenta, expone públicamente y después de medio siglo de tenerlo en su poder, el retrato de Hermilio Olóriz Azparren (1854-1919) pintado por Javier Ciga Echandi (1877-1960).

Se trata de un cuadro no catalogado que tiene una pequeña y singular historia, que arranca años antes de que Javier Ciga hubiera dado el primer brochazo sobre este lienzo.

Hermilio Olóriz

Hermilio Olóriz fue historiador, poeta, miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia, miembro de la «Société Française d'Archéologie», cronista de Navarra y archivero-bibliotecario de la Diputación Foral, y socio de honor de numerosas entidades culturales.

Aunque su figura permanece un tanto olvidada, Hermilio Olóriz fue un pensador apasionado por Navarra y los Fueros.

Bajo los cánones marcados por el romanticismo, exaltó la figura de los reyes navarros y las gestas de los vascones. Formó parte del grupo cultural de Iturralde y Suit, fue cofundador de la Asociación Euskara de Navarra y secretario de redacción de la «Revista Euskara» (Pamplona, 1878). Fue colaborador asiduo de numerosas publicaciones periódicas, en las que difundió sus conocimientos históricos y su ideología fuerista y nacionalista vasquista.

Posiblemente, su obra más popular, de mayor divulgación, escrita a raíz del contencioso que mantuvo Navarra con el Gobierno de Madrid conocido como «gamazada», fue la *Cartilla foral* (Pamplona, 1894).

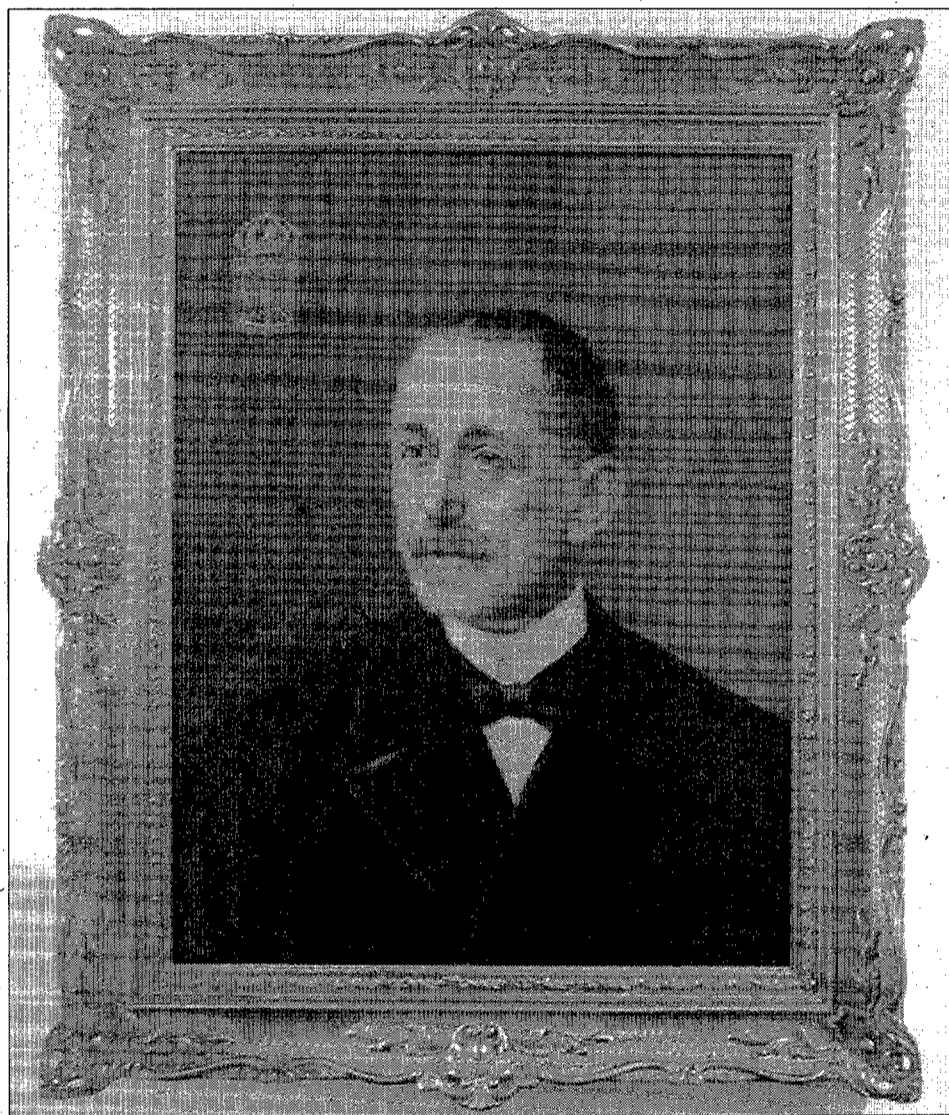
Una casa en Burguete

Hermilio Olóriz vivió los últimos años de su vida en Burguete, localidad en la que tenía una casa con prado, orientada hacia Roncesvalles (lugar muy querido para él y muy presente en su obra poética). Dada su ideología nacionalista, hizo colocar en el balcón principal del edificio, sobre el prado, un cartel en hierro forjado con la expresión «Gora Euzkadi».

Muerto en 1919, la casa fue heredada por Lucio Arrieta Sanz, padre de Juan Miguel Arrieta, y por Manuel Aranzadi, fundador de la editorial Aranzadi.

«Mi padre era pariente lejano. No sé qué grado de parentesco tenían. Hermilio Olóriz, que no tuvo hijos, a la hora de redactar el testamento pensó en el pariente que tenía. A la vez, Hermilio Olóriz tenía una estrecha relación, ignoro por qué motivos, con Manuel Aranzadi. El caso es que en el testamento legó la casa de Burguete a

La figura de Hermilio Olóriz ha caído en buena medida en el olvido. Hoy sale de nuevo a la palestra de la mano de los pinceles del pintor Javier Ciga, que lo retrató hace seis décadas



El retrato de Hermilio Olóriz ha sido admirado por muy pocas personas en Burguete y Pamplona.

los dos.

Lucio Arrieta, que era ajeno a cualquier sentimiento o ideología nacionalista (fue un destacado dirigente falangista), al encontrarse con la inscripción mencionada en el balcón de la casa, entendió que la misma suponía una identificación externa ideológica muy clara con la que no estaba de acuerdo y decidió no ocupar el edificio. No obstante, respetuoso con la voluntad del testador, no quiso retirar la inscripción que Olóriz había querido

que figurase en el edificio. Así las cosas, la casa sólo la utilizaba la familia de Manuel Aranzadi.

Al iniciarse la guerra civil de 1936, alguien, lógicamente partidario de las fuerzas del Movimiento, quitó la inscripción, aunque todavía hoy se nota el lugar en que estuvo colocada. Entonces, Lucio Arrieta, al haber desaparecido el «Gora Euzkadi» y dado que había sido «por una causa totalmente ajena a su voluntad», decidió acudir a la casa y, recuerda Juan

Miguel Arrieta, «es cuando empezamos a ir nosotros; yo tendría ocho, nueve o diez años».

Un cuadro para la casa

A partir de este momento es cuando surge el cuadro y la vinculación de éste con la casa de Burguete.

Recuerda Juan Miguel Arrieta que «en reconocimiento por haberle legado la casa, mi padre encargó el cuadro-retrato de Hermilio Olóriz a Javier Ciga, que era uno de los máximos representantes de pintura navarra contemporánea y un excelente retratista. La elección de Javier Ciga creo que no fue casual, sino que fue precisamente por su afinidad ideológica con ese incipiente nacionalismo que estaba en los sentimientos de Hermilio Olóriz».

El cuadro, pintado al término de la guerra, presidió desde entonces el salón principal de la casa de Burguete, que fue compartida durante años por las dos familias que la habían heredado.

En 1952 falleció Lucio Arrieta (anteriormente había muerto Manuel Aranzadi) y la familia decidió comprar o vender la otra mitad de la propiedad del edificio. «La familia Aranzadi mostró un especial interés en mantener la casa, llegamos a un acuerdo y ellos se quedaron con la casa. El cuadro, que había estado presidiendo el salón, puesto que había sido encargo de mi padre lo trajimos a Pamplona. El resto de la casa quedó como estaba».

Retrato desconocido

Hay un detalle en el cuadro que llama la atención: Javier Ciga pintó en el ángulo superior izquierdo un escudo de Navarra. Juan Miguel Arrieta piensa que quizá Javier Ciga «intuyó que el retrato podría convertirse con el tiempo en patrimonio cultural e histórico del pueblo navarro, que podía estar destinado a ocupar un día una sala en algún edificio como el Archivo de Navarra. Tal vez por eso puso en su elaboración un empeño especial que se tradujo, como puede observarse, en que la obra tiene una singular calidad artística».

Sin embargo, el retrato no ha tenido esa proyección. Al contrario. Ha permanecido, pudiera decirse, oculto. Primero, en la casa de Burguete; después, en el piso que su propietario -que no ha perdido la vecindad pamplonesa ni foral, ni el domicilio familiar, pese a sus años de residencia en Madrid- mantiene abierto en Pamplona. Ni siquiera ha estado al alcance de los críticos y estudiosos.

«Este cuadro no lo ha visto absolutamente nadie fuera del ámbito familiar o de relaciones, o del que tuvimos en Burguete. Pero, bueno, a esto no le hemos dado mayor trascendencia. En este piso han estado muchas personas, debido a mis relaciones sociales. Pero cuando cualquiera de estas personas pasaba por el pasillo donde cuelga el cuadro, yo ni mencionaba quién era el señor del cuadro ni se me ocurría presumir de que era un Ciga».

-Al menos, usted sabe quién es el personaje retratado.

-En muchas casas hay cuadros de personas que no se sabe quiénes son. En mi caso esto no se da porque conocía la historia por haberla oído contar a mi padre y a mi madre. También tengo libros de la biblioteca personal de Hermilio Olóriz. Imagino que la biblioteca se la habrían repartido y supongo que la familia Aranzadi tendrá algunos de los libros, aunque no lo sé. Es posible también que algunos se hayan extraviado. La realidad es que tengo parte de su obra y libros de su biblioteca personal. Lo que no sé es si la biblioteca la tenía en Burguete o en Pamplona».

Ciga, miembro del Gran Salón de París

AUNQUE el retrato de Olóriz no esté catalogado, Mari Cruz Ciga, hija del pintor, tiene constancia de que es obra de su padre. «Yo he llegado a verlo hace muchos años. Fue en Pamplona, no en Burguete. Pero no recuerdo cómo es. Desde luego que conocía la existencia de este cuadro que no figura en ninguna relación ni catálogo».

Javier Ciga se formó artísticamente en Pamplona, Madrid y París. La presentación de «El Mercado de Elizondo» (hoy, del Ayuntamiento de Pamplona) a la Exposición de Primavera de 1914 supuso su ingreso como miembro de número en el Gran Salón de París, lo que le permitió, dada además su amistad con los Condes de París, tener entrada en los ambientes de la alta sociedad de la capital francesa. A partir de entonces, y hasta su muerte, en 1960, figuró en el prestigioso *Dictionnaire des Peintres, Sculpteurs, Dessinateurs et Graveurs* de E. Benezit, obra conocida como «el Benezit».

Al margen de la pintura, Javier Ciga fue «un hombre muy culto, amigo de personas como García Asarta, Zubiri y Campión, con los que solía mantener tertulias».